

CON el número precedente cerró la primera década de su publicación ARCHIVO ESPAÑOL DE ARTE Y ARQUEOLOGÍA: al comenzar la segunda, como novedad en su programa, dedica este fascículo, íntegramente, a divulgar estudios sobre el arte en Méjico durante los siglos XVI, XVII y XVIII. En años sucesivos, cuadernos análogos, referentes a otras tierras de América, afianzarán la colaboración fraterna para conocer mejor el pasado artístico común.

Desde hace una centuria está interrumpida en España la investigación del arte en América: Llaguno y Ceán Bermúdez no olvidaban a los artistas que allá, o para allá, trabajaron; pero casi todo el siglo XIX y el primer cuarto del actual transcurrieron sin abrir apenas surcos en este campo, cultivado sólo por investigadores de Ultramar.

ARCHIVO ha venido publicando algunos artículos y varias recensiones bibliográficas de tema americano; pero, hay que llegar a 1930 para que, con la creación en la Universidad de Sevilla de la cátedra permanente de Historia del arte hispanoamericano —de donde ya ha salido la importante obra Planos de Monumentos arquitectónicos de América (1933)— se inicie, sobre base firme, la aportación de España a estas tareas.

Poco después, la estancia en Méjico del Profesor Angulo Iñiguez y del Arquitecto Gutiérrez Moreno, consolidaba, por el estudio y trato directos, el intercambio fecundo.

El fruto comienza a sazonar, y hoy honran las páginas de ARCHIVO las investigaciones de los mejicanos Alvarez Cortinas, Enciso, Granados, Le Duc, Mac Gregor, Rosell y Toussaint, y de los españoles Angulo Iñiguez y Marco Dorta, animados por un mismo fervor.

ARCHIVO, al sacar a luz este número, entrega un sillar para el edificio que entre todos hemos de construir, cimentado en la mutua comprensión y que ha de labrarse con rigor científico, conocimiento y amor.



Capillas de indios en Nueva España (1530-1605)*

por Rafael García Granados

«... en este país los atrios son muy grandes y muy gentiles, porque la gente no cabe en las iglesias, y en los patios tienen su capilla para que todos oyan misa los domingos y fiestas, y las iglesias sirven para entre semana...»

FRAY TORIBIO MOTOLINIA: *Memoriales*. Libro I, cap. 34.

Las condiciones particulares en que se llevó a cabo la evangelización en la Nueva España, dieron origen a un tipo singular de iglesias que no se encuentra (que sepamos al menos) en otra parte del mundo, a no ser en Guatemala.

La aparición de este género de construcciones se debió a la rápida conversión al cristianismo de millones de indios, llevada a cabo por muy pocos religiosos.

El abandono de estas iglesias fué motivado por tres fenómenos sociales: el primero, esencial, y los otros dos, secundarios:

1.º La gran disminución de las poblaciones indígenas en el curso de los dos últimos tercios del siglo XVI.

2.º El aumento del número de frailes.

3.º Las congregaciones de pueblos llevadas a cabo entre 1590 y 1605 (**).

* * *

Pocos problemas son de tan difícil solución como el de establecer el número de habitantes que la Nueva España tenía cuando se llevó a cabo la conquista. Los datos que a este respecto propor-

(*) Las fotografías que se reproducen en este artículo pertenecen al Archivo de la Dirección de Monumentos Coloniales.

(**) He juzgado necesario poner a este artículo una serie de notas bibliográficas y aclaratorias, en apoyo de las tesis que sustentó. Mas como intercaladas en el texto distraerían la atención del lector con perjuicio de la unidad del trabajo, he preferido colocarlas al final para que las consulten sólo quienes en ellas se interesen.

cionan los primeros cronistas y los historiadores indígenas, son a todas luces exagerados (1). Las cifras que aquellos escritores asignan a los ejércitos aliados de Cortés y a sus contrincantes, son de un absurdo que salta a la vista (2), ya que sería imposible encontrar en el terreno mantenimientos suficientes para cientos de miles de hombres de guerra. Si desistimos de indagar en las primitivas crónicas e historias el número de habitantes que el país tenía, y tratamos de hacerlo en las relaciones de Felipe II, cuyos interesantísimos cuestionarios fueron respondidos por las autoridades de 1579, 80 y 81, nos encontramos con datos más absurdos aún (3). Dicen aquellas respuestas que pueblos que tuvieron en 1519 de veinte mil a sesenta mil habitantes, se hallaban reducidos en 1579 a doce o veinte habitantes, y esta proporción no es excepcional, sino la más común en aquellos documentos. De aceptar los datos de las relaciones de Felipe II, llegaríamos a la conclusión de que en 1519 había en la Nueva España una población de más de cien millones de habitantes, cosa imposible si se toman en consideración los procedimientos rudimentarios de la agricultura, que no permitían alimentar a tales pueblos, puesto que los indios no conocían el arado, ni la rueda, ni disponían de grandes cuadrúpedos de tiro y carga (4). Así, el maíz, base de la alimentación de aquellos pueblos, se cultivaba a mano, por medio de la coa, y no podía disponerse como fertilizante del estiércol de ninguno de los cuadrúpedos domesticados, que sólo fueron introducidos en América por los españoles. También se oponía a la existencia de grandes poblaciones la mala distribución de la sal, como lo ha hecho notar D. Miguel O. de Mendizábal en interesante estudio (5). La falsedad de los datos que las relaciones de 1579, 80 y 81 proporcionan, se debe, entre otros motivos, al interés que los tributarios tenían en no aparecer numerosos para que se impusieran a los pueblos tributos llevaderos.

Desentendiéndonos, pues, de las cifras casi astronómicas que las obras citadas asignan a los pueblos indígenas, he acudido en seguida a las obras modernas de los etnólogos y lingüistas. Spinden le supone a toda la América en el año 1200 una población de cincuenta millones de habitantes (6). Rivet y Sapper (7) llegaron a una conclusión semejante (para 1519) por métodos distintos, y los datos de Mooney (8) y del reciente estudio de Spinden publicado por Jenness (Congreso del Pacífico), se aproximan sensiblemente a los anteriores. La última de las obras citadas les da a los Estados

Unidos un millón ciento cincuenta y tres mil, y a Sudamérica y las Antillas, dos millones, dejando para México, la América Central y las Altiplanicies de los Andes, el resto, o sean cuarenta y tantos millones (9).

Tengamos presente para ilustrar nuestro criterio, que Motolinia nos dice que entre 1524 y 1540 fueron bautizados en el Valle de México seis millones de habitantes (10), y que Gil González Dávila nos da para el período 1524-1539, diez millones y medio de bautizados sólo por franciscanos y dominicos (11).

Es posible que de un estudio cuidadoso de la Matrícula de Tributos, que forma parte del Código Mendocino, pudieran sacarse datos importantes para ahondar en este intrincado problema; mas no permitirán tampoco establecer el número de tributarios que tuvo la triple alianza.

Sin más datos que los anteriormente resumidos, y por consiguiente, de una manera arbitraria, casi intuitiva diría yo, pienso que en 1519 habría en México (incluyendo a Guatemala y excluyendo a los Estados del Norte) un minimum de doce millones de habitantes.

Hacia 1540 las poblaciones indígenas habían sin duda disminuído por los estragos de la conquista y las primeras epidemias, de las que la más notable fué la de viruelas de 1520 (12), así como por los millares de esclavos hechos por Nuño de Guzmán en la Provincia de Pánuco y vendidos a los encomenderos de las Antillas (13); mas esta disminución fué insignificante si se le compara con las posteriores a que después habré de referirme. Supongo, de un modo igualmente arbitrario, ya que carecemos de estadísticas en que poder fundarnos, que las poblaciones indígenas habían disminuído tal vez en dos millones de habitantes, lo que nos lleva, si aceptamos los datos supuestos, a la conclusión de que en 1540 había más de diez millones de habitantes entre mayas, nahuas de las tierras conquistadas por los mexicanos en las costas de Xicalango, Tehuantepec, Guatemala y Honduras, zapotecos, mixtecos, totonacos, teochichimecas, nahuas de la Mesa Central, otomíes, tarascos y nahuas del interior; y para esa fecha todas estas poblaciones habían sido ya convertidas al cristianismo y se les obligaba a practicar la religión católica (14) (por medio de la dulzura y también de la fuerza), bajo la administración de muy pocos centenares de frailes franciscanos, dominicos y agustinos (15).

En estas condiciones, la misa o misas que cada fraile decía los domingos y días de fiesta, deberían ser presenciadas por varios millares de indios que no cabían en ninguna iglesia por grande que ésta fuera (16).

El problema fué resuelto colocando frente al edificio de los conventos enormes atrios capaces para dar cabida a miles de indios que desde ahí pudieran ver al oficiante y escuchar el sermón.

En este gran atrio, todos los vecinos de la población se agrupaban por barrios y eran contados por los calpixques para verificar su asistencia e imponer castigos a los ausentes (17).

De tal manera, la capilla de los indios (en la actualidad llamada capilla abierta), que no era sino el sitio visible desde todo el atrio, donde la misa se celebraba, tenía una función independiente de la de la iglesia, que servía para aquellas ceremonias en que el concurso de fieles no era tan numeroso.

El atrio y la capilla de los indios no fueron utilizados tan sólo para la misa de los días festivos, sino también para todas aquellas ceremonias, administración de sacramentos y prácticas evangelizadoras, cuyo concurso no cabía en la iglesia (18).

De esta manera se explica que la construcción de la capilla abierta fué independiente de la de la iglesia y no necesariamente anterior como algunos escritores modernos han pretendido.

El erudito Marqués de San Francisco, refiriéndose al origen de las capillas de los indios, tuvo la sugestiva idea de relacionarlas con el catecumenato que no admitía en el interior de la iglesia sino a los ya cristianos (19). Mas al tratar de ahondar en esta hipótesis, hube de desecharla en vista de las convincentes razones que M. Ricard aduce en el párrafo que transcribo: «La admisión a la iglesia no era precedida de ningún catecumenato propiamente dicho. Esta institución, de hecho relativamente reciente, no ha estado realmente viva sino de los siglos IV a VI, y se restableció en el siglo XIX y tan sólo en los países de misión. En las misiones del siglo XVI fué prácticamente desconocida» (20).

El dibujo, a la vez alegórico y realista, que se reproduce, representa las diferentes ceremonias y prácticas del culto que se llevaban a cabo en los atrios. Está tomado de la *Retórica*, de Valadés, publicada en Roma en 1579 (21), y coincide, salvo en algunas de sus leyendas (22), con el dibujo a pluma de Fray Jerónimo de Mendieta que se encuentra en el manuscrito original de la *Historia Eclesiástica*

Indiana y que describe pormenorizadamente (ya que no lo publicó) D. Joaquín García Icazbalceta en la pág. xxv de la referida obra. En uno de los arcos de la portería, representados en la parte inferior del dibujo, se ve al sacerdote celebrando la misa bajo uno de los arcos, mientras bajo los otros se les administran los sacramentos de la penitencia, la extremaunción, etc.

En los ángulos del atrio se ven cuatro capillas, abiertas por sus costados, semejantes a las de los atrios de Huejotzingo, Calpan y muchos otros monasterios mexicanos. Estas capillas servían para doctrinar en grupos separados a hombres, mujeres, niños y niñas («viri, mulieres, pueri, puellae»), y también como estaciones en las procesiones (23), de donde les viene el nombre de posas. No hay, pues, que tomar estas capillas (abiertas también) por lo que hemos convenido en llamar «capillas abiertas», ya que la función de unas y otras es bien diferente. Tampoco hay que tomar por capillas abiertas los humilladeros semejantes al de Cuernavaca que suelen encontrarse a la orilla de los caminos o a la entrada de los pueblos.

De todas las anteriores consideraciones se desprende que la aparición de las capillas abiertas coincide con la época en que las grandes masas indígenas abrazaron el cristianismo: 1530 a 1550.

* * *

No cabe dentro de los límites ni del espíritu de este pequeño estudio, analizar las causas de la despoblación de la Nueva España que ha dado motivo para que se escriban numerosos volúmenes (24) y se sustenten polémicas envenenadas por el sectarismo. Mas sí conviene enumerar las causas a que se ha atribuído el fenómeno, por parecer necesario al esclarecimiento del problema que nos ocupa.

La viruela (teozahuatl, grano divino), el matlalzahuatl (tal vez el tifo), así como otras epidemias (cocolixtlis), diezmaron terriblemente a los indios después de la conquista (25). La viruela, traída a la Nueva España por un negro de la expedición de Narváez, fué de efectos terriblemente mortíferos entre los nativos. No parece absurdo suponer que el temor al contagio haya sido uno de los móviles que indujeron a los frailes a evitar las grandes aglomeraciones al celebrar las ceremonias del culto al aire libre y en sitios espaciosos.

El trabajo de las minas, a que los españoles sujetaron a los

indios durante largas horas y en un ambiente enrarecido, fué uno de los factores de la despoblación que todos los escritores han aceptado casi sin discusión (26).

Los defensores de los indios atribuyeron también la rápida despoblación al sistema de encomiendas (27), en que se les obligó a desarrollar una cantidad de trabajo mayor de la que aquellas razas débiles (28) podían soportar. Los encomenderos, a su vez, para defenderse del cargo, atribuyeron la responsabilidad de someter a los indios a trabajos excesivos, a la disposición de la Corona que limitó la duración de las encomiendas a tres o cinco vidas, disposición que indujo a los encomenderos a sacar de sus pueblos el mayor fruto en el menor tiempo, desentendiéndose de cuidar de las vidas de los indígenas que en poco tiempo dejarían de estar a su servicio. Como puede verse, los encomenderos trataron de explicar el fenómeno, pero sin negar el cargo; es decir, aceptaron que los indios estaban sometidos a trabajos excesivos. Por otra parte, el fenómeno queda plenamente confirmado al observar que en 1585 sólo se conservaban en uso las capillas abiertas en Yucatán (30) y Tlaxcala (31): en Yucatán, por lo cálido del clima, y en Tlaxcala, por ser la única provincia en que los indios no fueron encomendados, como recompensa por los servicios prestados a las huestes de Cortés en la conquista.

La falta de medios económicos de transporte hizo que hasta ya muy entrado el siglo XVI los encomenderos forzaran a sus indios a llevarles a grandes distancias los frutos de sus encomiendas. La fatiga de las largas marchas con cargas excesivas, fué un factor más grave para la despoblación de la Nueva España que los trabajos en las encomiendas mismas (32).

Hay un motivo más que posiblemente influyó en la despoblación, aunque ha sido menos esgrimido por los cronistas e historiadores: el abuso del pulque. Las leyes que regían antes de la conquista sólo permitían beber pulque a los ancianos y castigaban con penas muy severas a toda otra persona que se embriagara (33). Al dejar de estar en vigor la legislación prehispánica, cundió la embriaguez en forma tan alarmante, que no hay cronista que no consigne la tendencia de los indios al alcoholismo como uno de los mayores azotes de la raza.

La Relación del Arzobispado de México y el Códice Texcoco-Acolman, señalan como otra causa de disminución de los indios,



la construcción de monasterios suntuosos en que sobresalieron los agustinos.

Es posible que la abolición de la poligamia haya sido otro de los motivos que influyeron en la disminución de las poblaciones (34).

Un último factor señalan a menudo las relaciones de Felipe II, y éste no parece justificado. Atribuyen la despoblación a degeneración de los indios, originada por falta de trabajo, ya que, según aquellos documentos, antes de su conversión los indios estaban sujetos a trabajos mucho más duros que después de la conquista (35). Es notoria la contradicción de este argumento con los que se refieren al excesivo trabajo de las minas y de las encomiendas, y aun independientemente de esta circunstancia, no parece sensato atribuir la despoblación a una vida regalada.

Sea cual fuere el motivo o motivos del fenómeno, es indiscutible que hacia 1580 los indios eran muchísimos menos que hacia 1540 (36), circunstancia que no justificaba ya el empleo de las capillas abiertas en los climas fríos de Michoacán, la Mesa Central, la Mixteca, etc. (con la excepción de Tlaxcala a que se ha hecho referencia), puesto que las iglesias conventuales eran suficientes para dar cabida a todos los indios, particularmente si se considera que para esa época el número de frailes en la Nueva España se había multiplicado notablemente, y que entre 1599 y 1605 se llevaron a la práctica las disposiciones que ordenaron reunir a los pueblos dispersos en núcleos compactos (congregaciones de pueblos).

Esta sabia disposición, que hasta entonces no se llevó a la práctica de manera efectiva a pesar de haberse dado en repetidas ocasiones y desde muchos años antes, produjo desde luego el efecto deseado, ya que los indios comenzaron a multiplicarse. El interesante estudio de Mr. Lesley Bird Simpson, recientemente publicado (37), hace una comparación entre la población de varios lugares de los Estados de Hidalgo y Michoacán en los años de 1599 y 1921, de la que se desprende que en ese período la población indígena aumentó en un doscientos treinta por ciento. Esta reacción parece haberse debido a las congregaciones de pueblos y a la abolición de las encomiendas. No sería absurdo suponer que el haber sido los indios congregados en núcleos compactos haya sido uno de los factores que influyeron para que las capillas abiertas entraran en desuso, puesto que los frailes del convento disponían de mayor tiempo para la administración de sacramentos al no tener que

emprender largas caminatas. Es probable que después de congregados los pueblos se hayan dicho varias misas en cada convento los domingos.

De las consideraciones anteriores se desprende que las capillas abiertas dejaron de estar en uso en el último cuarto del siglo xvi, circunstancia que explica las pocas o ningunas alusiones que a ellas hacen los escritores posteriores a Motolinia y Mendieta, como Torquemada, Burgoa, etc., etc., y las autoridades civiles y religiosas que en 1579, 80 y 81 contestaron los interrogatorios de Felipe II.

* * *

Pasando a estudiar la capilla abierta desde el punto de vista de su planta y ubicación, se encuentra que sólo tres personas se han ocupado del asunto: D. Manuel Toussaint, en el tomo VI de *Las Iglesias de México* (38), M. Robert Ricard, en la *Conquête Spirituelle du Mexique* (39), y el Arquitecto D. Luis Mac Gregor, en un artículo publicado en *Revista de Revistas* (40). Los dos primeros no tratan el asunto *in extenso* y sólo de manera incidental hacen un ensayo de clasificación y de determinación del tipo que cada orden religiosa adoptó de preferencia. Ninguno de los dos hace mención de las capillas colocadas en la planta alta del monasterio, porque cuando escribieron sus obras no se habían identificado.

El artículo del Arquitecto Mac Gregor no intenta clasificarlas, quizá por la índole frívola de la publicación en que su trabajo apareció; mas sí nos habla, ya por vez primera, de las capillas en planta alta.

Para mayor claridad en la clasificación que después intento, conviene asentar que la distribución de las plantas en los monasterios de las tres órdenes edificadas en la Nueva España, durante el siglo xvi, fué sensiblemente la misma: la iglesia, generalmente de una nave, tiene el altar mayor al Oriente y la puerta principal al Poniente; al Sur de la iglesia y adosada a ésta, la portería con dos o más arcos; tras del primer arco de la portería, una puerta que da acceso al claustro, rodeado en la planta baja por las dependencias del convento (refectorio, sala de *profundis*, sacristía, etc.); y en la planta alta, por las celdas y pequeña escalera que conduce al coro; al Norte de la iglesia, la puerta lateral, que en los conventos franciscanos se llama de Porciúncula; frente a todo el edificio, gran atrio que tiene acceso por dos arcadas, una al Poniente y otra al

Norte; ya a este viento, ya al Sur de la iglesia, ya sobre la puerta de ésta, la capilla abierta con la misma orientación que aquella (salvo en el tipo 1 f.); casi siempre al Sur y al Oriente de todo el edificio y del atrio, la huerta. Esta es, con rarísimas excepciones, la distribución de los monasterios del siglo XVI.

En mi afán de visitar monumentos conventuales del siglo XVI, creo haber identificado unas sesenta capillas abiertas, número que ya permite hacer un intento de clasificación que he basado en las cubiertas y que es el que sigue:

Tipo I. SÓLO EL PRESBITERIO ESTÁ TECHADO Y TODOS LOS FIELES QUEDAN A LA INTEMPERIE.

Este tipo es del que conocemos mayor número de ejemplares (suman treinta y siete), lo que parece natural, ya que se trata de un modelo que se presta a lograr, en el más modesto de los planes, la finalidad que se persigue. Tal circunstancia no impide, por supuesto, que al no techar más que el presbiterio se le haya dado en algunos casos a éste proporciones majestuosas, como es el caso en Actopan, Yautepec, Coixtlahuaca, Meztitlán y varios de los conventos franciscanos de Yucatán. Mas el tipo se presta también para hacer capillas sencillas y pequeñas como las de Tepeji del Río, Acolman y Atotonilco.

He subdivido este tipo de capillas en seis subtipos para mayor claridad.

Tipo I, a). EL PRESBITERIO SE HALLA AL NIVEL DEL ATRIO O ELEVADO SOBRE ÉSTE POR POCOS ESCALONES Y ES INDEPENDIENTE DE LA PORTERÍA.

En este subtipo (que corresponde al II de la clasificación del señor Toussaint y al I de la de M. Ricard) encajan:

1.º Las capillas monumentales de Actopan, Meztitlán, Coixtlahuaca y Yautepec. La última fué edificada con anterioridad a la iglesia actual, que no parece ser del siglo XVI y que se construyó frente a la capilla abierta quitándole la visualidad, lo que demuestra que cuando la iglesia se hizo la capilla no estaba ya, o dejó de estar, en uso.

2.º Las del mismo tipo que las anteriores, todas ellas en Yucatán: Sudzal, Sahcaba, Dzidzantun, Maní, Ticul, Conkal, Tekax, Oxcutzcab y Motul. La gran mayoría de estas capillas abiertas

fueron construídas con anterioridad a las iglesias de los conventos respectivos (41). Frente a ellas se colocaba una gran techumbre de ramas de árbol u hojas de palmera a las que los cronistas llaman ramadas y que aun estaban en uso en 1586 (42). Las más de estas capillas abiertas han sido utilizadas con posterioridad como ábsides de las iglesias conventuales, adaptación que sólo hemos encontrado en la Provincia de Yucatán, por más que hemos buscado el fenómeno en la Mesa Central. Dichas iglesias de Yucatán fueron construídas en época en que ya los edificios no se hacían de manera tan sólida, y así se ve a menudo que el techo se ha derrumbado, dejando en pie sólo la capilla abierta y la fachada, o acaso los muros de la iglesia.

3.º Las pequeñas de Tepeji del Río y Epazoyucan, la primera muy sencilla y la segunda muy fina, con labores platerescas, que tuvo pinturas al fresco que hoy sólo se adivinan y techo de artesonado de madera, al parecer semejante al que cubre aún el coro bajo de la iglesia inmediata.

Tipo 1, b). EL PRESBITERIO ESTÁ FORMADO POR UNO DE LOS ARCOS DE LA PORTERÍA MISMA, O SE HALLA INMEDIATO Y COMUNICADO CON ÉSTA. (Este tipo se diferencia del II a) en que en el primer caso el presbiterio es el portal mismo y en el segundo el presbiterio queda en una especie de nicho que se abre detrás del portal.)

Pertenecen a este tipo el arco monumental de la portería de Texcoco, el no menos grande inmediato a la portería de Ixmiquilpan, el pequeño de Cuauhtinchan y las capillas de tres arcos de San Jerónimo Tlamarco, San Bartolo Naucalpan e Ixtapalapa, que no están comunicadas (las tres últimas) con ninguna portería por no haber convento anexo a las iglesias inmediatas.

Tipo 1, c). EL PRESBITERIO SE ABRE A MANERA DE ESCENARIO EN LOS MUROS DEL CONVENTO A UNA ALTURA DE DOS O TRES METROS SOBRE EL NIVEL DEL ATRIO.

Sólo he encontrado tres ejemplares de este tipo, dos de los cuales son particularmente interesantes por conservar su mesa de altar. Son estas tres capillas las de San Bartolo Ameyalco, San Lucas Atzcapotzalco y Tlahuelilpán. La última, anexa a un convento dieguino (cuyo claustro es de un plateresco excepcionalmente puro), aparece positivamente como un escenario de teatro y su fachada está decorada con tallados en piedra de notorio sabor indígena.

Tipo I, d). EL PRESBITERIO ESTÁ COLOCADO AL NIVEL DE LA PLANTA ALTA DEL CONVENTO; TIENE ACCESO POR ÉSTA Y SE ABRE SOBRE EL ATRIO, COMO LA ANTERIOR.

Este tipo, al que no han hecho referencia (como tampoco al anterior) quienes han estudiado estos edificios, ofrece nueve ejemplares que son: Acolman, Yecapixtla, Tlaquiltenango, Tecamachalco, Tochimilco, Calpan, Huaquechula, Pachuquilla y Tacubaya. A este mismo tipo perteneció la capilla de Calkini en Yucatán, cuya descripción detallada nos ha conservado el P. Ponce (43). La del convento franciscano de Tochimilco es una de las poquísimas que conservan su púlpito, abierto en el contrafuerte de la iglesia y con acceso por el interior de ésta.

Tipo I, e). EL PRESBITERIO ESTÁ COLOCADO SOBRE LA PUERTA PRINCIPAL DE LA IGLESIA, CON ACCESO POR EL CORO DE ÉSTA Y ABIERTO SOBRE EL ATRIO.

Conocemos tres ejemplares de este tipo: Real del Monte, Tepecoacuilco y Tlacoahuaya. En el artículo *Misa* de la *Enciclopedia Espasa* aparece la ilustración de una misa celebrada en el trascoro de la iglesia de El Escorial, a la que el ejército asiste desde el Patio de los Reyes, que recuerda notablemente este tipo de capillas abiertas.

Tipo I, f). EL PRESBITERIO ESTÁ COLOCADO A LA ALTURA DE LA PLANTA ALTA DEL CONVENTO, O MÁS ALTO AÚN, EN UNO DE LOS COSTADOS DE LA IGLESIA.

Ofrece este tipo la singularidad de que la capilla no se abre sobre el atrio, sino sobre el costado de la iglesia, y es el único en que no ve al Poniente, sino al Sur. Es, además, el único tipo que no se encuentra en conventos de dos o de las tres órdenes religiosas, mas esta particularidad puede deberse a que sólo se conocen dos ejemplares en los conventos agustinos de Atotonilco y Huejutla, del Estado de Hidalgo.

Tipo II. EL PRESBITERIO ESTÁ PRECEDIDO DE UN PORTAL, SENCILLO O DOBLE, BAJO EL CUAL PUEDEN GUARECERSE POCOS FIELES MIENTRAS LA MAYORÍA QUEDA A LA INTEMPERIE.

Tipo II, a). EL PORTAL ES, A LA VEZ, PORTERÍA DEL CONVENTO CON PUERTA DE COMUNICACIÓN AL CLAUSTRO.

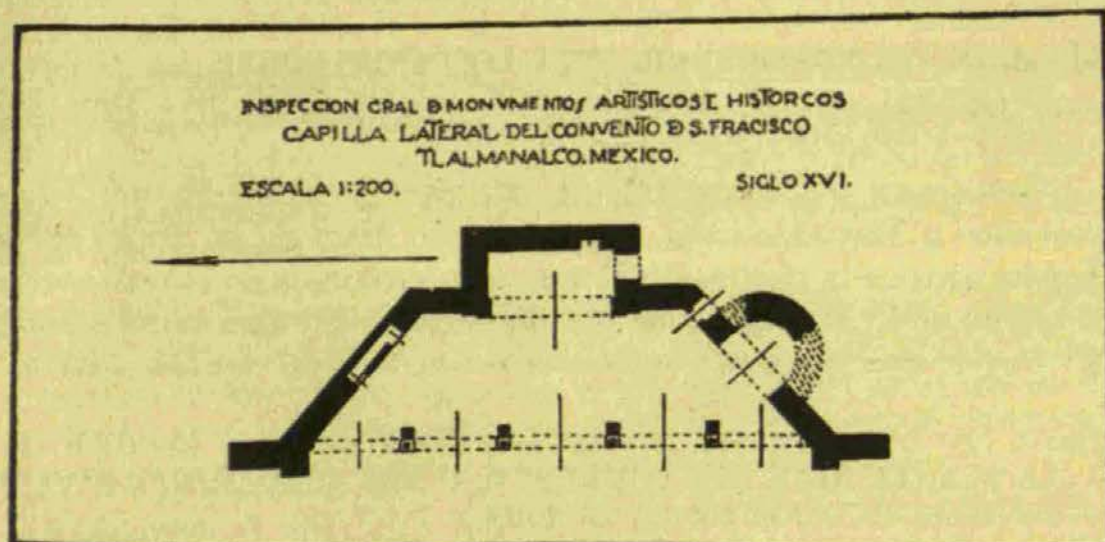
Abunda este tipo en los conventos franciscanos de las cercanías de Toluca. En Calimaya, Zinacantepec y Otumba, las capillas conservan no sólo sus mesas de altar, sino sus retablos y pinturas.

Las de Calimaya están pintadas sobre pieles curtidas. A este mismo tipo corresponden la del convento franciscano de Cuernavaca y la del agustino de Tlayacapan, ambas en el Estado de Morelos.

Tipo II, b). EL PORTAL NO COMUNICA CON EL CONVENTO Y ES INDEPENDIENTE DE ÉSTE.

Generalmente está situado al lado Norte de la iglesia, mientras el convento queda al Sur.

Como lo hace notar M. Ricard, las capillas de este tipo abundan en el rumbo de Tlaxcala (44). El P. Ponce nos las describe al

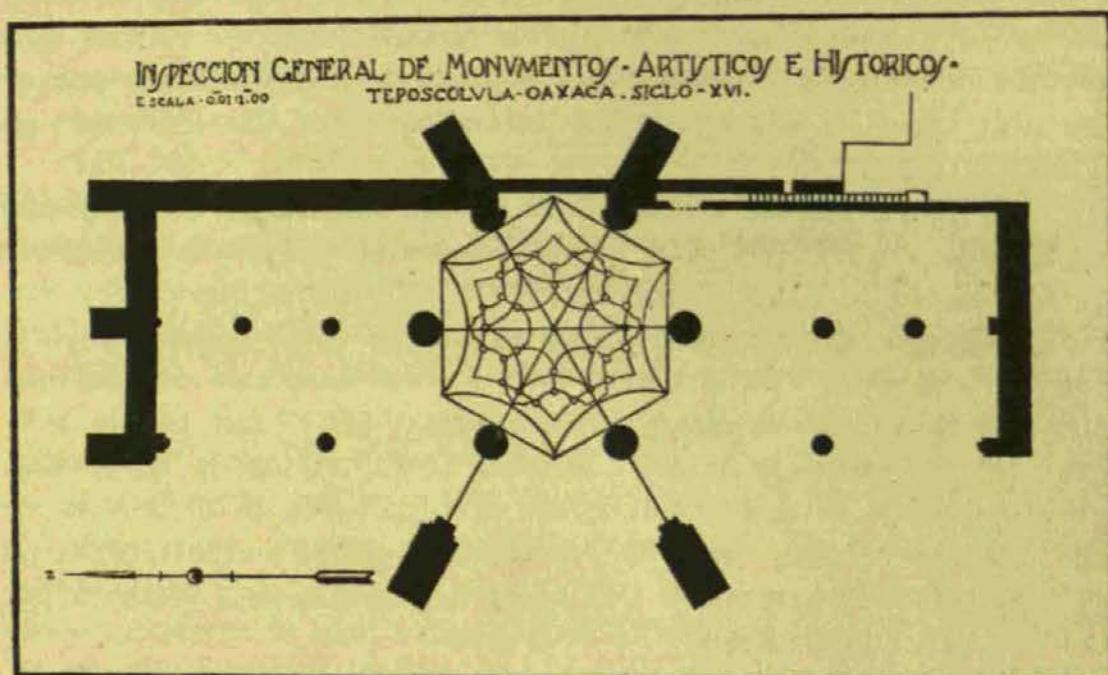


Tipo II b.—Planta de la capilla abierta.

referirse a San Felipe Ixtacuixtla (45). Dos magníficas y monumentales mencionaremos: la franciscana de Tlalmanalco y la dominica de Teposcolula. Quienes admiraban, hasta hace relativamente pocos años, los arcos magníficamente tallados de Tlalmanalco, ignoraban el objeto para qué hubieran sido construídos o se inclinaban a atribuirlos a una iglesia inconclusa. Aun después de identificados estos arcos como capilla abierta, se ha creído que nunca fué terminada; mas al observar su semejanza en cuanto a la planta con la capilla abierta (de portal doble, hoy cerrada) de Zempoala, que también es franciscana y está en la misma región, hay que suponer que portal y presbiterio estuvieron techados con viguería de madera que sin duda se destruyó por lo deleznable del material. La talla de la cantera, con motivos de sabor gótico y aplicaciones notoria-

mente platerescas, fué sin duda ejecutada por artífices indígenas, ya que fácilmente se adivinan sus influencias en la técnica y aun jeroglíficos que no han sido interpretados.

La hermosísima y monumental capilla de Teposcolula, notoriamente plateresca y cubierta en parte por una gran bóveda cupuliforme de tracería, se ha colocado entre las del tipo II, *b*), por estar situada al Norte de la iglesia e independiente de la portería; pero



Tipo II, *b*.—Planta de la capilla abierta.

ofrece gran semejanza con la de Cuernavaca (tipo II, *a*), tanto por su distribución, cuanto por la forma en que están colocados los contrafuertes para no disminuir la visualidad. A este mismo tipo II, *b*), corresponde la pequeña capilla abierta de Tlaxcala, completamente independiente del convento y colocada sobre una rampa, y las de Atlatlahuca, San Esteban Tizatlán, Atlihuetzian y Topoyanco. En el pueblo de Coyoacán hemos creído identificar cuatro iglesias modestas, no anexas a ningún convento, que se asimilan a este mismo tipo de construcción. Refuerza esta suposición el hecho de que Coyoacán fué un pueblo importante de muchos habitantes, que tomó mayor incremento durante los primeros años posteriores a la toma de la ciudad de México por los españoles, en tanto que se llevaba a cabo la reconstrucción de la ciudad de México.